Las Cuatro Fundaciones Magallánicas

POR

ARMANDO BRAUN MENÉNDEZ

Digitized by Google

Digitized by Google

En paz estaba el Pirú, cuando para nuestros pecados pasaron yngleses piratas por el Estrecho.

Claro está: desde aquel día memorable de 1520—de santa Úrsula y sus once mil vírgenes—se pudo llegar a las costas del mar Pacífico sin el transbordo panameño. Mas la apetecida ventaja que originó tan afortunado acontecimiento trajo también inconvenientes serios e inesperados: para perseguir y adueñarse de los patachos y galeones del comercio de Su Majestad Católica, se introdujeron a través del nuevo paso los bajeles corsarios. Y entonces ya no hubo «paz en el Pirú»; ni tampoco en el extenso y apretado territorio de la Gobernación de Chile. Sus costas desguarnecidas fueron asoladas, los desprevenidos habitantes atemorizados y las naves saqueadas y destruídas.

El primer corsario de la cuenta es Francisco Drake, marino de nacimiento—como que había sido dado a luz en la cala de un navío, —quien, guerrero audaz, con una espada firme en la diestra y una Biblia bajo la siniestra, pasa por el Estrecho en 1578 y azota los dominios de la Corona en el Mar Pacífico, satisfaciendo de esta suerte su odio hacia España, mientras acumula méritos para obtener la Jarretera.

Mas al Excelentísimo Señor Francisco de Toledo, comendador de Acebuche, mayordomo de S. M. Don Felipe II—a la sazón virrey del Perú—, no le amedrentan los infieles; ni tampoco se muestra remiso en asumir responsabilidades cuando la coyuntura es espinosa y hay que arrostrarla.

Prestamente toma las providencias que son menester a fin de lograr la mejor *guarda y seguro de estos reynos*. Para este efecto resuelve enviar al Estrecho dos navíos, bien pertrechados, con buenos pilotos y marineros, a fin de que vayan *tanteando y mirando la parte y lugar donde con mayor comodidad se pueda hacer Población o Fortaleza, con artillería, previniendo tomar aquella entrada antes que los enemigos la ocupen, para que ningún otro corsario pueda entrar*... La maniobra está bien concebida; a fin de evitar que el Estrecho sirva en lo futuro para

Digitized by Google

paso de corsarios—«enemigos de nuestra santa fe»—hay que cortar por lo sano: ¡cerrarlo!

El brazo derecho del virrey Toledo en sus reinos del Perú es un caballero de Galicia: Don Pedro Sarmiento de Gamboa.

Ningún otro conquistador hispánico—esas figuras legendarias con las cuales España ameniza la historia y asombra al mundo—tiene más adentrado el espíritu del siglo XVI y de la raza. En tal concepto Sarmiento es un arquetipo, que vive, además, la idea fija de la gloria. Es también un hombre múltiple. Su acción se condensa en esta opuesta trilogía: pluma, espada y timón. La pluma la usa en innúmeras historias, informes, derroteros y peticiones; la espada la esgrime en campañas penosas, y el timón lo empuña con maestría de marino consumado en navegaciones difíciles..., todo lo cual realiza con notable perseverancia—no exenta de desventura—en provecho de la Corona y a mayor gloria de Dios.

Para representarnos el físico de Sarmiento poseemos dos antecedentes: la reproducción de un grabado de la época y una apreciación personal del hidalgo, especie de autorretrato. El grabado nos le pinta tal cual solemos imaginar al descubridor español tipo siglo XVI: bajo de estatura y enjuto, la tez quemada, la barba tupida, pómulos muy salientes, y unos ojos que brillan como ascuas y en donde se condensa una energía enorme. Su autorretrato lo trae Sarmiento de Gamboa a cuento en una ocasión, cuando al referirse al precario estado de robustez de sus compañeros de armas, advierte que él *era el más flaco de todos*.

En el Perú, Sarmiento se ha dado con ahinco al estudio de las ciencias. Se inclina con preferencia hacia la astronomía, de la que, pronto, se desliza hacia la astrología. De ahí a la magia, alquimia y taumaturgia no hay más que un paso. No obstante su fe latente y ostensible, la Inquisición se alarma; luego se lo disputa acerbamente al virrey Toledo, y está próxima a lograrlo cuando aparece Drake. Y como Sarmiento es el hombre que se necesita para llevar adelante la empresa del Estrecho, todo se olvida.

Las instrucciones que el virrey Toledo dió al jefe de la expedición van en pliego extenso, minucioso y docto.

La directiva consiste en descubrir (sic) y tomar posesión del Estrecho en nombre de S. M. Católica, y estudiar sobre el terreno el proyecto de cerrar el paso; durante la navegación deberá asentar en su libro y en pormenores todo lo que *fuéredes viendo y descubriendo;* indaga-

Digitized by Google

rá la vida de los aborígenes, a quienes deberá siempre tratar *como mejor pudiéredes;* para el caso de que en el curso de la expedición se tropezare con el corsario Drake, procurará *de lo prender, matar o desbaratar, peleando con él, aunque se arriesgue cualquiera cosa a ello...*; y por último navegará hacia España, para llegar *ante su Real Persona y Consejo Supremo Real de las Indias a dar cuenta de la execución y cumplimiento de vuestras instrucciones.*

Durante el verano efímero de 1580, Sarmiento de Gamboa da celoso e íntegro cumplimiento al pliego del virrey; menos en aquella parte del mismo que se refería a Drake, a quien, y a despecho de su ardoroso anhelo, no encuentra en el camino.

Con valor sostenido y constancia ejemplar, realiza la proeza de navegar de poniente a oriente el Estrecho «vulgarmente llamado de Magallanes»—el que rebautiza De la Madre de Dios—en un viaje durante el cual el jefe y los expedicionarios *padecieron grandes cuidados...*

La navegación es especialmente provechosa. Se alterna la exploración de las costas, corrientes y refugios, con frecuentes tomas de posesión, en las que se emplea regularmente el ceremonial prescrito: solemne desembarco, simbólicos espadazos, altas voces y acta notarial; y en una ocasión—junto al arroyo San Juan y a mitad del Estrecho—una misa en acción de gracias.

Durante ese viaje, es cuando Sarmiento concibe el obstinado parecer de *que era tan necesario como fácil fortificar por ambas costas la primera angostura*—que llamó de Nuestra Señora de la Esperanza—*y poblar el Estrecho más adelante.*

Y así llega a España, como un vidente, determinado a convencer a Felipe II y atraerlo a sus proyectos.

En Badajoz—allí hase instalado la Corte—se estudia a conciencia el proyecto que trae Sarmiento de Gamboa.

Sobre el plan optimista del navegante formulan su docta opinión varios celebrados expertos en el arte militar. Tiburcio Spanochi propone la erección de dos fuertes, uno en cada margen del Estrecho y en su primera angostura. En su memorial, desarrolla en forma particularizada y exacta el plan de construcción de los bastiones, escarpas y contraescarpas, casamatas y parapetos requeridos para la mejor defensa de esos fuertes; todo lo cual costará, al fin de cuentas, *algunos doze mil ducados*, aunque el arquitecto adelanta la reserva de que por tratarse de una obra lejana, serán menester tal vez *algunos seis mil ducados más...*

Juan Bautista Antonelli—otro docto especialista—propone mejorar el proyecto de su colega mediante la factura *de unas torres como atalayas, para descubrir dellas si viene Armada*, y dar tiempo de esta suer-

Digitized by Google

te a la guarnición para aprestarse al combate. Y a fin de impedir que sea franqueado el paso, se apunta además otra defensa eficaz: tender de lado a lado de la angostura una *cadena de madera, con travaçones gruesas y fuertes de hierro, sostenidas en medio.* Alguno aconseja que tras esa cadena operen convenientemente artillados *seis barcones chatos de estos que pasan los ríos de Spaña;* otrosí y en su defecto: *seis bergantines,* o tal vez *dos galeotas...*

En última y definitiva instancia—para el caso improbable de que, a despecho de los fuertes, las atalayas, los barcones y la cadena, el Estrecho fuese forzado—queda aún por emplearse el último y más ejemplar remedio: la excomunión; pues de tal penalidad se hace pasible—así lo expresa en una bula el papa Alejandro VI—toda persona, *quallesquier fuesse su dignidad, aunque sea Real o Imperial, estado, grado, órden y condición,* que viniere a *estas Partes* sin especial licencia de Felipe II, sus herederos y sucesores.

Al despuntar la clara mañana del día 25 de Septiembre de 1581, leva anclas en puerto de San Lúcar de Barrameda la escuadra de veintitrés navíos que se envía al estrecho de Magallanes. Dentro de sus cascos de altas amuras se estiba abundante material y abastecimiento; y se apretujan malamente en sus cubiertas y castillos alrededor de tres mil personas. Van a bordo tres adelantados: don Diego de Flores, jefe de la expedición, con el título de *Capitán General de ella y de las costas del Brasil;* tiene bajo su mando pilotos avezados y marineros endurecidos en las labores de mar; va también don Alonso de Sotomayor, nombrado Gobernador de Chile, y con él los seiscientos soldados veteranos de Flandes, con que se piensa cándidamente dominar a Arauco, y por último don Pedro Sarmiento de Gamboa, a quien se designa *Capitán general del Estrecho de Magallanes y Gobernador de lo que en él se poblare;* para tal fin lleva algunos funcionarios y eclesiásticos, numerosos pobladores—entre éstos treinta mujeres y veintitrés niños—y hombres de diversos oficios: carpinteros, albañiles y pedreros.

Por lo visto nada falta en esta bien surtida expedición. Lo único que sobra, son dos de los adelantados; ¡de haber sido Sarmiento la única cabeza, esta escuadra llega íntegra a buen puerto!

El almirante ha dado la señal para la partida, a pesar de *los bendavales que reynaban en aquellos días y la configuración de la costa de Europa y África que imposibilitaba correrlos...*; por supuesto, en esta decisión Sarmiento no tiene arte ni parte.

La prueba de este lamentable error se produce bien pronto, pues la salida de la formidable escuadra es una partida falsa. Golpeada por

Digitized by Google

un tremendo temporal, tiene que volver a San Lúcar, mermada de varios navíos y de ochocientos tripulantes.

Dos meses después, la escuadra, repuesta de lo perdido, parte nuevamente, e inicia el más aporreado crucero de que haya memoria en los anales de la navegación; el relato de sus vicisitudes y penurias llenaría un volumen. Todo se confabula en contra de ella: el elemento despiadado desmantela y hunde a las naos; un gusano que se llama «broma»—vocablo que para el caso sabe a humorismo—corroe los cascos de madera de las fragatas; enfermedades desconocidas diezman a las tripulaciones; y la inepcia del «Capitán General» afecta la moral y daña la disciplina. La escuadra pronto se disgrega. Del Río de Janeiro—donde ha invernado—apenas salen dieciséis navíos. Pero las tempestades no cesan, y como consecuencia de ellas, empiezan las deserciones. El primero es el adelantado Sotomayor, con sus naves, sus soldados y pertrechos, quien, prudentemente, prefiere llegar a sus dominios por la vía terrestre, desde Buenos Aires.

El resto de la escuadra pone rumbo al Estrecho, en el cual efectúa una entrada fortuita. Ya se alegran los viajeros del feliz arribo, cuando un temporal furioso los arroja de ahí, y empújalos con vigor y sin tregua hasta las costas del Brasil.

Esto es demasiado para el pusilánime Diego de Flores; una noche, desde el portalón de la capitana, da a voces la señal:

—*¡A arribar, a arribar! ¡A España a España!*; y sin más trámite, la capitana despliega su velamen y vira en redondo; movimiento que imitan varios de los mejores navíos con sus acobardados tripulantes.

La expedición que se reduce ahora a cinco naves y a unas quinientas personas—al mando del almirante Diego de la Ribera—reanuda el viaje en dirección al Estrecho. La gente de la armada está *prostada de ánimo y espantada;* al único que aun anima el soplo optimista y voluntario es a Sarmiento de Gamboa. Nada ni nadie podrá en adelante detenerlo; pues está determinado *de morir o hazer a lo que bino o no bolver a España, ni a donde le biesen gentes jamás.*

Finalmente, el primero de Febrero de 1584—dos años y medio después de la partida—la escuadrilla emboca al estrecho de Magallanes, y empujada por una marea propicia, de un solo envión alcanza la bahía de San Gregorio, donde da fondo. Mas la bonanza no dura; con el cambio de la marea, se levanta un vendaval que en un santiamén le hace desandar el camino recorrido, y, para no ser arrojada nuevamente del Estrecho, se ve obligada a amarrar con todas las anclas al socaire de Cabo Vírgenes. El viento es tal que los cables cimbran *como cuerdas de vihuela templadas a reventar...*

Como el temporal amenaza con llevarse de otro soplo a las naves hasta el Janeiro, Sarmiento decide desembarcar. ¡Va a quemar sus naves!

Digitized by Google

Pero como antes que nada debe tomar posesión del Estrecho, y escoger lugar apropiado para poblar, se instala en un bote con escasa, mas lucida escolta, y arrima a la playa. Ya en tierra firme, una gran cruz es enclavada en señal de posesión, y ante ella todos hincan las rodillas y entonan con contenida emoción el «Te Deum laudamus». Luego Sarmiento se encamina a través del llano, y con su tizona da amplios planazos a las hierbas, luego corta arbustos y mueve piedras, y con la ayuda de todos levanta una pirámide de guijarros y estacas, sobre la cual se deja erigido el sagrado símbolo.

Esto ocurre el 4 de Febrero de 1584. Dos días después se dispone el desembarco de la gente.

¡Es un momento de honda expectativa aquel en que los pobladores perciben por primera vez la tierra prometida!

Ante sus ojos azorados por los padecimientos de la zarandeada y larga navegación se extiende la playa amarillenta de un páramo. Desde a bordo sólo se distinguen algunos arbustos y pastos ralos. Pero no cabe en esos momentos el desanimarse; débese aprovechar la calma tan poco común y propicia ahora para los trabajos. Con premura se llenan los botes de soldados, pobladores, mujeres y niños, a los que se lleva a tierra y se instala al reparo de toldos y matorrales. Pero antes que lleguen a la costa el material y las provisiones, se levanta de nuevo el temporal, y las naves se ven obligadas a salir a capearlo, mar afuera, de donde no vuelven sino tres días después.

Sarmiento, entonces, apremiado por esa inseguridad del tiempo, se decide a varar en tierra la nao «Trinidad», que es la que contiene en sus bodegas mayor cantidad de bastimento. La operación se ejecuta durante la pleamar, y de tal manera, al bajar la marea queda la nao en seco y puede vaciarse de su contenido.

Entretanto, y como el lugar es poco adecuado, Sarmiento explora el terreno circundante y elige para poblar *el balle de las fuentes, al pie dellas y de una barranca situada a media legua del cabo de las Vírgenes, en el lugar mas abrigado y cómodo de aquel territorio...*

Aquí ha de levantarse la ciudad futura; se llamará «Nombre de Jesús».

Resuelto el punto, a la una después de medio día del 11 de Febrero de 1584, don Pedro Sarmiento de Gamboa, acompañado por los frailes Jerónimo de Montoya y Antonio Rodríguez, el capitán Pedro Iñiguez y *otros muchos gentilhombres, soldados y seruidores de su Magestad*, se encamina hacia el Valle de las Fuentes. Apoyada en el hombro lle-

Digitized by Google

va un asta con el pendón real—la imagen de Cristo y el escudo de armas bordado sobre damasco carmesí—y en la diestra empuña con firmeza su espada.

—*¡He... España... España; Estrecho... Estrecho; Ciudad del Nombre de Jesús;... por el Rey don Felipe Nuestro Señor!*—exclama en voz alta Sarmiento; y los presentes hacen coro, voceando:

—*¡He... España... España, Viva el Rey!*

Hay un instante de alborozo y de unción patriótica cuando se planta en tierra el estandarte real, y se le honra tocando *caxas y trompetas*, y se rasga la atmósfera con nutridas salvas de arcabucería.

Pero no han terminado. Hay que fundar una ciudad; y ello no es posible sin despliegue fastuoso de solemnidades.

Tras los frailes—que han revestido albas y estolas—se encamina el grupo en procesión hacia el sitio designado para levantar la iglesia. Allí Sarmiento empuña un azadón, e invocando la Santísima Trinidad, da con fuerza los primeros golpes en el suelo sobre el que ha de emplazarse el altar mayor de la futura iglesia, que bautiza De la Purificación de Nuestra Señora.

Dentro del hueco que ha cavado en tierra, se coloca la primera piedra y junto a ella el testimonio de la fundación, con año y día *escrito en pergamino con un breado entre carbón, por ser incorruptible*, el que para mayor seguridad se introduce dentro de una botija de loza que se lacra. En seguida se levanta un altar provisional, fabricado con céspedes y estacas, sobre el cual se oficia una misa; y cuando finaliza el servicio divino, todas las gentes, desnuda la cabeza, *con crus alta y velas encendidas*, y rezando fervorosas letanías, efectúan en amplio círculo una procesión imponente.

Congraciados con Dios los expedicionarios, se procede luego a los menesteres edilicios y administrativos.

Se da principio entonces al trazado de la nueva ciudad. Los conquistadores españoles—fundadores de oficio por antonomasia—están bien instruídos acerca de cómo han de proceder «para cuando hagan la planta de una ciudad». Frente a la iglesia se demarca, a cordel y escuadra, una plaza, y tomando ésta como base, se delinean con estacas las calles que han de separar las manzanas, en forma de que *en yéndose poblando la ciudad quede como aljedres*... En el centro de la plaza se levanta la picota que ellos dan en llamar enfáticamente árbol de justicia. Por último, Sarmiento provee de autoridades al pueblo en embrión. Nombra así Cabildo, compuesto de seis regidores y un escribano; procurador de la ciudad y mayordomo; fiel ejecutor y un alguacil mayor. Y éstos, reunidos en cuerpo, hacen escrutinio de votos para la elección de dos alcaldes, los que confirma Sarmiento, poniéndoles

Digitized by Google

en la mano la vara, que es símbolo de la autoridad... *No se hizieron por entonces más oficiales de República porque no conuino...*

Entre tanto, el sol se ha puesto, iluminando con un último resplandor las lomas de la costa de la Tierra del Fuego; y como aprieta el apetito, se dispersan los pobladores para buscar de qué comer y lo encuentran en la playa y en un brazo de mar abundante en *mariscos mexillones.*

Así quedó fundada la primera población en el Estrecho de Magallanes.

Al día siguiente, desde temprano, se da principio a los trabajos.

Con ecuanimidad, Sarmiento distribuye los solares entre los pobladores, que empiezan a edificar en ellos sus moradas. Éstas son mezquinas chozas de palo y barro, techadas de hierbas. En este páramo—y a muchas leguas a la redonda—no hay árboles y sí sólo arbustos espinosos, cuyas ramas secas las utilizan los colonos en la lumbre de los hogares, que se llenan pronto de un humo espeso y áspero.

Empleando las tablazones, las cuadernas y los tijerales de la nao «Trinidad»—que yace despanzurrada en la costa—se comienza la construcción de los edificios principales: la Iglesia, el hospital, la casa de los frailes y un gran depósito para el abastecimiento: la Casa Real.

Mientras en Nombre de Jesús se desarrolla actividad tan febril, las naves de la expedición pasan por trances severos. El viento las maltrata y las despide del Estrecho a cada instante, hacia donde regresan con la bonanza. Pero un día, el 17 de Febrero, don Diego de la Ribera (el almirante que ha subrogado a Flores y por aquello de que quien lo hereda no lo hurta), *syn dezir nada ni auisar a Pedro Sarmiento de su hida y sin carta razón ni recado suyo...* emprende con las tres fragatas un regreso a España que más parece una fuga.

El Gobernador es así nueva y alevosamente abandonado.

Quedan con él en el Estrecho su maestre de campo, Pedro Iñiguez, el artillero mayor, Andrés de Biedma, los dos frailes franciscanos, ciento setenta y siete soldados, cuarenta y ocho marineros, cincuenta y ocho pobladores, trece mujeres y diez niños, dos barberos, algunos peones; ¡son en total trescientos treinta y ocho personas! Para la mayor parte de ellos desaparece toda posibilidad de retornar a España. De la «Trinidad» sólo queda el magro esqueleto, y allí se está la «María», a un tiro de arcabuz de la costa, desaliñada, *con un calabrote viejo y delgado y un anclote muy ruin y chiquito* de los que tira con violencia como potro encabritado del palenque, amenazando romperlo; en ella

Digitized by Google

no caben más de cincuenta personas. ¡Y qué decir de las provisiones: no hay para un invierno! En cuanto a la ropa, su lista es bien significativa: hay allí jubones, alguna ropilla, bastante calzón de lienzo, una muda de camisa y muchos sombreros, mas no hay capotes, ni frazadas, ni zapatos. ¡Qué triste y mortal invierno les espera!

Sarmiento se desvive para infundir ánimo a la gente y procurarle abrigo y sustento. Por de pronto, no se debe morder la provisión: *hay que buscarla por la tierra de raíces y frutillas, mariscos y caza, hasta buscar otro mejor remedio*... A la vera de las viviendas se ara la tierra y se siembra con granos y hortalizas; y junto a las fuentes se plantan ingenuamente cepos de viña que ha traído Sarmiento de España, en vasijas.

Y como el indio asoma curioso y batallador, se cerca el pueblo con un vallado de champas y estacas, y se emplazan en buen lugar cuatro cañones para su defensa.

Está visto que Nombre de Jesús no podrá bastarse a sí mismo. Por lo menos hay que ayudarlo disminuyendo las bocas.

Como Sarmiento vive el recuerdo ilusionado de aquel puerto del Estrecho, abrigado, boscoso y apacible, junto al arroyo San Juan de la posesión, donde, viniendo del Perú cuatro años antes, se había detenido a oír misa, dispone entonces la partida de una expedición en busca de aquella tierra para poblar. Ha de ir por tierra y por mar, simultáneamente: la nao «María», que gobierna el piloto Juan Suárez de Quiroga, y embarca unos cincuenta tripulantes, irá costeando hasta la punta de Santa Ana; mientras él, el fraile Jerónimo de Montoya y noventa y cuatro arcabuceros y rodeleros, se arriesgarán por tierra siguiendo la orilla del mar.

Para aliviar los que quedan, los expedicionarios llevan consigo escasísima provisión: basta saber que correspondió a cada uno ración de bizcocho para ocho días y apenas un cuartillo de vino, pues *ya no lo había sino para decir misa*. El único lujo es un arreo de siete cabras para criar, que servirán para los enfermos.

El 7 de Marzo inician el viaje de a pie. Sarmiento dejará atrás el páramo ventoso, seco y desabrigado para alcanzar el límite opuesto: la zona boscosa y húmeda. Se pasa así de uno a otro extremo; pues entre estos dos climas contrarios está precisamente el lugar apropiado: las márgenes del río del Carbón, donde se levantará—casi tres siglos después—la actual ciudad de Punta Arenas. Y eso que se detuvo y acampó a orillas de aquel río, donde halló a flor de tierra *una piedra*

Digitized by Google

negra que hechada en el fuego arde como haceyte mucho tiempo, mejor que el carbón de piedra de Francia.

Por ser la gente desusada en tierras nuebas y por los grandes rodeos que nos causaron las marismas y ensenadas que allamos que nos alargaron el camino, éste se hace penoso e interminable. La provisión pronto se consume; cada cual se sustenta con lo que puede, especialmente de mejillones—mientras se orilla la playa—, y una *uva negra de espino*, esa fruta silvestre que hoy llámase calafate. Los caminantes van semidesnudos y descalzos, pues las alpargatas valencianas no resisten la rudeza del pedregullo y de los riscos; al poco trecho de la jornada ya van los soldados sin ellas, con los pies hinchados y llagados. Sarmiento, que ha observado a los indios, les fabrica abarcas u ojotas, con los pelejos vacíos de vino.

No es de admirarse, entonces, que el descontento y la desilusión sobrecojan a los viajeros. En tono de sorna, éstos reclaman a Sarmiento la canela y el clavo de olor que les había anunciado en España; y el gobernador, entristecido, mas no desanimado, no cesa de alentarlosrmediante elocuentes discursos, de los que se conserva constancia esceita. Pone en ellos acentos conmovedores, sobre todo cuando les recuerda *que son españoles y mancebos, que pocos días atrás todo el mundo era poco para ellos*. Pero en cambio del valor y de la hombríaede bien que les implora, sólo puede prometerles indulgencias y mercedes reales.

Cuando, desde un recodo del camino, se descubre un bote de la «María»—el cual acuesta y da aviso de que la nao está fondeada a sotavento de la punta Santa Ana, lugar de la cita—las huestes de Sarmiento están próximas ai la extenuación y al amotinamiento.

¡Como que han caminado, en condiciones bien precarias, ochenta leguas en quince días y perdido cuatro hombres por mano de los indios!

La punta de Santa Ana al internarse bastante en el Estrecho forma en el lado sur una bahía relativamente abrigada. La saliente se, distingue a la distancia inconfundiblemente: es como una lonja o meseta que se inclina a medida que avanza hacia el mar; en su extremo resalta el plumero de un manchón de roblería. Cuando no soplan vientos del este, la ensenada suele ser un buen fondeadero. Dos cursos de agua clara desembocan en ella: el río San Juan y el arroyo del Valle. La costa es accesible y la arenilla de su playa ofrece cómodo atracadero. El bosque enmarañado lo cubre todo, desde el cascajo de la orilla hasta la cumbre de las lomas que circundan el paisaje en un amplio anfiteatro; su fondo lo constituye el primer contrafuerte andino: altos acantilados de color gris azul, encapuchados de nieve.

Digitized by Google

Reconocido este paraje, que creyó el más adecuado para poblar, tanto por lo que abundaba de caza y pesca como por estar en la mitad del Estrecho y poderse ir en una marea a la primera angostura, que sólo dista veinticinco leguas, Sarmiento de Gamboa resolvió fundar en él una población; y al efecto, a 25 de Marzo de 1584 *con la dibina gracia, en nombre de la Santissima trinidad, haaprendió posesión en forma por Va. Magestad y eligió regidores y cabildo formado y ellos alcaldes hordinarios, los quales confirmó el gobernador en nombre de Va. Magestad, eligiendo luego árbol de justicia y trazó la ciudad, la qual nombró el Rey don Phelipe.* Tal como se hizo en Nombre de Jesús, se repite para la nueva población el ceremonial prescripto, sin economizar voces ni mandobles, procesiones ni misas, sobre cuyo particular me eximo en obsequio de la brevedad.

Como primera providencia práctica, se desmonta y se hace campo raso de un corto llano frente a una caleta. Para construir sobra elemento: el bosque tupido está al alcance de las manos. Pronto se alza la amplia iglesia—Nuestra Señora de la Encarnación—de buena madera y mampostería; todo el pueblo cabe holgadamente en ella. Se erige a su lado la Casa Real, de cien pasos de largo, con fuertes, gruesos y altos maderos de haya y de roble. En su amplio sobrado—donde huelgan las provisiones—*cabrian más de quinientos hombres.*

Frente a estos edificios se traza en cuadro la plaza. En derredor de ella, y dentro de bien diseñadas manzanas, se levantan las casas principales: una para los religiosos; otras para el Cabildo, la cárcel y la herrería; una amplia destinada al hospital de la Misericordia, cuyo mantenimiento se encomienda a una cofradía, con doce hermanos, *constituyendo a Va. Magestad, y al Gouernador en su nombre, por patrón;* se construyen, además, numerosas viviendas para los pobladores, *haziendo camaradas de cuatro en cuatro hombres*, para cada una de ellas. En los solares se ara y siembra la tierra con granos y hortalizas.

El Gobernador ordena, finalmente, cercar el poblado, lo que se hace mediante alta empalizada de madera, que se abre en los dos lados por sendas puertas: una para el servicio del mar y la otra *para traer la madera y leña y otras cosas.* Cada una de estas portadas se cubre con piezas de artillería; son cuatro de bronce y dos de hierro colado. En una altura, cercana al extremo de la saliente de Santa Ana, se fabrica un baluarte en situación tan sólida y prominente, que éste queda *cauallero de la mar y de la ciudad.*

Resulta así establecido en pocos días un pintoresco y bien dispuesto caserío. Su aspecto exterior es el de una aldea canadiense, con sus casitas de paredes de troncos, las numerosas columnas de humo de los hogares, el campanario que despunta, el bosque y la colina agreste circundantes, y a lo lejos la cima nevada.

Digitized by Google

En Rey Felipe se oye misa todos los días; pero se come día por medio. Las provisiones son escasas. Para remediar a su poquedad, se envía a los ociosos a mariscar y pescar; mas para esto último no hay chinchorro, y el único bote de la «María» está en reparación. El pobre vestido que se ha repartido a los pobladores, bien poco ha durado, con los continuos trabajos de carpintería; además *ya casi todos andauan descalzos.*

A todo esto, el invierno se viene encima; a fines de Abril nieva durante doce noches consecutivas. La población cobra un aspecto polar.

Un intento de motín, descubierto merced al oído avizor de un oficioso que sorprende el conciliábulo de los conjurados, pone a prueba la energía del jefe: *Fulminóse y justificóse el proceso contra ellos por bia hordinaria e hizose justicia de Antonio Rodríguez, en la plaza de la ciudad.* Ahí mismo se le cortó la cabeza, por detrás, y se la colocó en la picota.

El 24 de Mayo se embarca Pedro Sarmiento en la nao «María». Va de visita al primer pueblo y a traer munición; más tarde piensa ir a Chile en busca de socorro.

Esa misma noche llega la nao al fondeadero de la ciudad de Jesús. Desde tierra suben a bordo dos hombres, que imponen al gobernador de las novedades ocurridas. Parece que han soportado hartas miserias; hace tiempo que no se reparte ración de pan ni de vino, sustentándose los pobladores con raíces, mariscos y «pajarería». De esto han resultado quejas y propósitos de asesinar al lugarteniente, por lo que, hecha la averiguación, un hombre ha sido ajusticiado.

A la mañana siguiente, y antes de que se alcance a traer a bordo lo que el gobernador se propone embarcar, sobreviene un furioso ventarrón que rompe las amarras, desgarra las velas e impulsa la nao mar afuera. Sarmiento, *con sentimiento de lágrimas públicas por no poderse despedir de sus amigos y compañeros*, no tiene más remedio que dejarse llevar por el temporal.

En veinte días, la borrasca se lleva a la «María» hasta el Río de Janeiro; el viaje ha sido espantoso; *que del frío y del hambre cegaron algunos y otros perdieron las dedos de los pies.*

Sarmiento de Gamboa dió todo de sí para volver a su Gobernación en auxilio de los pobladores. Pero estaba escrito que tendría que apurar todas las amarguras; varios naufragios, dos meses preso de los corsarios ingleses y dos años encarcelado por los hugonotes franceses, cruel prisión esta última, donde *de la humidad fué tullido y encaneció y perdió los dientes.*

¡Puede afirmarse, como una dolorosa e indiscutible verdad, que la

Digitized by Google

historia de Pedro Sarmiento de Gamboa es la realización más acabada del valor y del infortunio!

En Nombre de Jesús, con Andrés de Biedma, quedan ciento noventa y tres colonos, y unos cien hombres en Rey Felipe, bajo el mando del capitán Juan Suárez de Quiroga. Es útil conocer su número, pues ha de servirnos como contraste. En efecto: de todos ellos, sólo uno ha de sobrevivir para contarnos lo acaecido en el Estrecho.

A mediados de Agosto llegan a Rey Felipe, entumecidos y hambrientos, todos los pobladores de la primera ciudad, que se han venido por tierra, alentados con las buenas noticias que había dado Sarmiento acerca de aquel lugar. Pero, como es imposible sustentar tanta gente reunida, Biedma, que es ahora jefe, ordena que todos los soldados, en número de doscientos y a las órdenes de Juan Íñiguez, regresen en cortas etapas a Nombre de Jesús. Sólo puede despedirlos con el buen deseo de que: ¡vayan con Dios! y se *sustentasen como pudiesen.*

Transcurre de tal modo el invierno de 1584 y finaliza el verano siguiente; y como ya entra el otro invierno y no aparece navío alguno y la gente muere de inanición, se construyen en Rey Felipe dos toscos barcones, donde se instalan unas cincuenta personas. Mas antes de navegar muchas leguas, da uno en la costa y se destruye, salvándose por milagro sus tripulantes. En aquel paraje, Biedma reparte en pequeños grupos a la gente y a lo largo de la orilla del mar, para que se sustenten del marisco, ya escaso, y en la noche se recojan en rústicas e improvisadas cabañas, en tanto que él, Juan Suárez, el fraile y veinte soldados, regresan a Rey Felipe, que ha quedado desamparado.

A la llegada del verano, Biedma los envía a llamar. Allí se juntan los sobrevivientes del crudo invierno: entre los del pueblo y los de la costa quedan en todo quince hombres y tres mujeres; todos los demás *han muerto de hambre y enfermedades que les sobrevinieron por la aspereza de la tierra y la esterilidad de ella...*

Durante aquel verano—termina el año 1586—los desesperados sobrevivientes resuelven encaminarse a la primera población, ilusionados con la secreta esperanza de que sus habitantes hayan sido socorridos. Pero el trayecto lo encuentran trágicamente jalonado con los esqueletos de esos doscientos soldados despachados por Biedma a Nombre de Jesús. Han quedado solos en el Estrecho. Cuando alcanzan la bahía de la Posesión—ya próximos a la embocadura—divisan alucinados, cual fantasmas, a través de la semiobscuridad de un anochecer, las masas blancas de los velámenes de tres navíos, que, impulsados por la brisa, vienen doblando cabo Vírgenes.

Cuando sobreviene la noche, los de tierra, esperanzados

Digitized by Google

hacen «candeladas»; y los navíos, «faroles», en señal de haberlos visto.

Al día siguiente, de mañana, un bote se aproxima a la playa.

—¡Eh, los del bote, quién va!—gritan tres soldados que han estado haciendo señales con un lienzo blanco, desde la orilla.

—¡De Inglaterra y en viaje al Perú! ¡Si gustáis embarcaros, os pasaremos allá!—es la respuesta de uno de los tripulantes del bote, que es español y les sirve de lenguaraz.

—No queremos; ¡son Ingleses y nos van a echar a la mar!

—Me parece que bien podéis embarcaros—es la concluyente respuesta—, pues ellos son mejores cristianos que nosotros.

Los tres soldados, en la orilla, discuten el punto y resuelven *que es mejor embarcarse que perecer*. Y mientras uno se embarca, armado de su arcabuz por las dudas, y el bote se hace a lo largo, los restantes corren a dar aviso a Biedma y los del grupo.

En la embarcación está nada menos que el jefe de la escuadrilla: es el famoso corsario Tomás Cavendish, quien tranquiliza al soldado español y le renueva el ofrecimiento de repatriarlos a todos. Mas cuando llegan a bordo de la capitana, se levanta inopinadamente una brisa propicia, y Cavendish—más práctico que filántropo—ordena izar velas para proseguir el viaje.

Quedan de esta suerte abandonados en la costa del Estrecho doce hombres y tres mujeres; y a bordo, el único que sobrevivirá entre los pobladores que dejó Sarmiento; se llama Tomé Hernández.

Cuando llega la escuadrilla a la ensenada de Rey Felipe, se encuentra frente a una ciudad abandonada. Dentro de las casas, cuyas puertas golpean libremente, aparecen los cadáveres de sus moradores tendidos con sus ropas en los catres de enramada. En el centro de la plaza cuelga de la horca un pingajo humano; es tal la fuerza del viento, que el cuerpo pende casi horizontal. A la distancia semeja ropa tendida.

Los corsarios quédanse allí cuatro días, haciendo aguada y leña, la que logran abundantemente con sólo deshacer las paredes de las casas; también desentierran los cañones de los bastiones para reforzar su artillería. Y al partir, Cavendish le pone a esta ciudad-tumba su mejor epitafio: la bautiza Port Famine (Puerto Hambre), sugestiva denominación que ha subsistido para la posteridad.

Y ahora, amigo lector, que has vislumbrado, en lo que va de esta crónica, la inmerecida tragedia en que terminó el empeño de Pedro Sarmiento de Gamboa, toma en las manos el grueso y vetusto infolio de la Historia, aplica el índice en el canto de sus nutridas hojas y vuélvelas bien a prisa; pues tendrás que pasar muchas antes de que encuen-

Digitized by Google

tres mencionado en tal libro que la planta del hombre civilizado se posa de nuevo en aquellas tierras yermas del confín suramericano, para poblarlas con su esfuerzo fecundo.

¡Tendrás que volver tantas páginas como corresponden a doscientos cincuenta años!

Domingo de Septiembre de 1840; día glorioso. Bajo un cielo benévolo, las aguas del Estrecho siguen el curso tranquilo del reflujo. De pronto, aparece, modesta, la silueta de un pequeño barco de aspecto singular. Su aparejo es de bergantín, pero tiene el velamen trincado en las vergas; navega, pues, al pairo, como empujado por fuerza misteriosa. En mitad del casco de madera emerge, alto como un mástil, un cilindro obscuro, del cual fluye espesa humareda que se esparce en el aire diáfano. En sus costados giran como molinos de viento unas paletas que azotan la superficie tersa dejando dos estelas de espuma ... ¡Es un vapor!

Impertérrito, sin demostrar recelo ante el humor cambiante del Estrecho ni ante el peligro de sus acantilados abruptos—terror y tropiezo de los navegantes durante siglos—, el vapor va a dar fondo en la ensenada de Puerto Hambre. A poco, lo alcanza su gemelo, con el cual se ha citado en aquel abrigado rincón de la costa oriental del Estrecho.

Estos buques son el «Chile» y «el Perú», en viaje de Plymouth a Valparaíso, donde inaugurarán el tráfico mercante a vapor por el Pacífico. Pertenecen a la Compañía Inglesa de Navegación de Vapor, organismo creado por iniciativa genial de Mr. William Wheelwright, que se vió ampliamente favorecida por la comprensión y liberalidad de los gobernantes chilenos: Prieto, presidente de la República, y Portales, su ministro.

En Puerto Hambre permanecen cinco días, haciendo provisión de leña y agua; y antes de partir, sus tripulantes levantan sobre el promontorio de Santa Ana una baliza alta de ocho metros, a cuyo pie depositan un manuscrito que encabezan así:

God save the queen!

Junto al manuscrito dejan unas monedas acuñadas con la efigie de la reina Victoria.

Mas el honor y la soberanía chilenos no son vulnerados. Una vez bajo tierra el pergamino y las monedas, se arbola en lo más alto de la baliza el pabellón chileno, el que es saludado con tres ¡hurras! británicos.

Mediante este acto, los marinos extranjeros rinden homenaje a nuestra soberanía indefensa y recuerdan el aniversario de la emanci-

Digitized by Google

pación. Cumplida la solemnidad, parte la flotilla *dejando la baliza como señal conspicua en la ensenada, y monumento estable que sirviese para conmemorar el triunfo del vapor en aquella parte del mundo.*

Desde el primer día de su descubrimiento, el estrecho de Magallanes se había mostrado hostil a la navegación. Los aparejos y velámenes sólo sirven cuando los vientos se muestran favorables y la atmósfera propicia. El Estrecho es inclemente, los huracanes soplan en él con violencia inusitada, no hay espacio para correrlos, las costas son abruptas en su mayor trecho, los arrecifes son solapados y traicioneros. De ahí que la navegación mercante encaminara sus singladuras por la ruta, tardía, pero más segura, a lo largo del Cabo de Hornos. Durante mucho tiempo no navegarán el curso del Estrecho sino los barcos exploradores de las misiones científicas extranjeras.

La navegación de vapor, mejor armada para la lucha contra la naturaleza inclemente, revolucionó el tráfico marítimo, renovando a través de tres siglos de distancia el interés universal por la ruta magallánica.

Para el gobierno de la naciente república de Chile—que heredó de España el Estrecho—la navegación de vapor significó lo mismo que a la madre patria los infieles piratas: un problema latente que requería una solución inmediata. Guárdeme esta comparación con los piratas—más gráfica y elocuente que correcta—de toda alusión personal. Los corsarios ya no existían, ni los infieles incitaban nuestra recóndita execración.

Pero el peligro de la hegemonía política europea—buscadora eterna de nuevas factorías—era un hecho visible que no podía escapar a la perspicacia de nuestros hombres de Estado.

La preocupación magallánica—no encuentro mejor expresión—es vieja como nuestra emancipación política.

El general don Bernardo O'Higgins fué el primero en vislumbrar la importancia del estrecho de Magallanes. Estamos acostumbrados a evocar al O'Higgins de Rancagua, jinete en un corcel fogoso que salta sobre tupida valla de bayonetas. Esta épica visión, en que se nutrió nuestra infancia, nos extravía el juicio y nos lleva a embobarnos de admiración exclusiva ante una de las facetas de esta valiosa personalidad, que brilla así dejando las demás en la sombra. El heroísmo como virtud aislada, es insuficiente para un estadista. En este sentido, O'Higgins fué mucho más que un héroe; fué además un militar disciplinado y organizador, un gobernante patriota, ecuánime, laborioso, un hombre probo, desinteresado, y un estadista de singular visión.

Por un trabajo reciente, debido a la pluma de un erudito y documentado historiador, conocemos hoy día la existencia de dos laudables proyectos suyos: la creación de un servicio de remolcadores de vapor,

Digitized by Google

para facilitar el paso de los barcos veleros en el Estrecho, y el establecimiento allí de colonias permanentes.

Durante su largo ostracismo de Montalván, y en su correspondencia con los amigos y hombres de gobierno de Chile, no cesó de recomendarles la consideración urgente de sus planes.

En los últimos días de su vida, este pensamiento le resulta una idea fija. Y a este respecto, es amargo y significativo el relato de su fallecimiento, que nos hace Vicuña Mackenna. Parece que cuando al moribundo se le nublan los ojos de agonía, los que están presentes en aquel doloroso trance, se inclinan sobre el enfermo para recoger su última palabra: *¡Magallanes!* De esta manera conmovedora el ilustre patriota sintetiza una aspiración que sólo se extingue con su muerte.

Desde que surcaron las aguas del Estrecho los primeros vapores, la preocupación magallánica pasa de los estrados teóricos (correspondencia, artículos periodísticos, conversaciones privadas) a la consideración práctica e inmediata de los gobiernos.

Cuando llega a Santiago el rumor acerca del apetito que se ha despertado en Francia por aquella región, que le viene como llovida del cielo, como punto de etapa y abastecimiento en el camino hacia sus posesiones de Oceanía, el gobierno está en las manos robustas del general don Manuel Bulnes.

El asunto es complejo. Ya está el gobierno enterado—desde 1833—de lo ocurrido a la Argentina con las islas Malvinas, ocupadas por los ingleses, a despecho de la soberanía de hecho y de derecho que mantenía sobre ellas esa república.

Una vez ocupado el Estrecho por alguna potencia extranjera, Chile no hubiera tenido para reclamarlo más fuerza que la bien relativa que emana de sus papeles: algunas probanzas venerables que acreditan la herencia de España y el primer artículo de la Constitución de 1833, que perentoriamente proclama como límite sur de la república de Chile el cabo de Hornos.

Hasta ese momento, su dominio sobre el Estrecho es sólo de orden teórico. Ya bien lo adelanta el propio ministro del Interior Irarrázaval en su memoria de 1843: *Casi en vano estarían consignados en nuestra Carta Magna los puntos donde se extiende el territorio de la República, si de hecho no los poseía.*

El sentido práctico del presidente Bulnes y sus colaboradores les aconsejó el mejor camino, cuando, para resolver la emergencia, dispusieron el inmediato envío de una expedición militar que estableciera en el estrecho de Magallanes la posesión efectiva de la República de Chile.

Digitized by Google

Los preparativos para la jornada se hacen con apresurado sigilo. Está encomendada su dirección al celo y prudencia del intendente de la lejana provincia de Chiloé, don Domingo Espiñeira. El primer tropiezo que halla éste en su gestión es la absoluta falta de buque adecuado. Por aquel entonces, la marina de guerra chilena es casi inexistente. Entre sus cascos vetustos no hay uno que pueda utilizarse. Felizmente, en un improvisado astillero de Ancud, un casco de goleta está próximo a terminarse; tiene la línea tosca y pesada al estilo del archipiélago chilote; no desplaza más de cuarenta toneladas.

Espiñeira no vacila en adquirirlo, y confía su terminación y mando al capitán de puerto don Juan Williams, experimentado marino de guerra. Este oficial, nativo inglés, presta servicios en las filas chilenas desde la independencia. A fin de hacerlo más accesible a los oídos criollos, Williams había españolizado su apellido, traduciéndolo: se le conoce en el país por Juan Guillermos.

Da la casualidad que, en esos momentos, encuéntrase en Ancud el sargento mayor de ingenieros y naturalista prusiano don Bernardo Philippi. El ofrecimiento que insinúa de incorporarse a la expedición es aceptado al punto; la colaboración de este hombre eminente será de gran utilidad científica.

El estado mayor para la jornada se completa con el piloto segundo de la armada don Jorge Mabón, el teniente de artillería don Manuel González Hidalgo y el práctico Carlos Miller, diestro cazador de lobos, que conoce el laberinto de los canales australes como su propia casa.

La solicitud del modesto intendente y de sus animosos expedicionarios suple con creces el inconveniente de la escasez material y la pobreza de un erario público indigente. Es de ver la actividad que despliegan; todos ponen manos en la obra: Williams actúa como maestro de velas; Philippi y Mabón, empuñando el combo sin empacho, remachan el forro de cobre con que se protege el casco de la goleta; el teniente artillero adiestra la guarnición, la que bruñe los cañones y almacena los pertrechos y las municiones. En tanto, Espiñeira mide los gastos con parsimonia. Cuando la nave queda aparejada y provista, el balance arroja un gasto total de dos mil ochocientos catorce pesos fuertes, incluyendo en dicho modesto importe, el costo de la goleta.

Se bautiza entonces la nueva unidad de guerra: se llamará «Ancud», a fin de perpetuar la denominación del humilde puerto donde se organizó la expedición que va a llevar al cabo la eficaz empresa de ocupar el Estrecho.

Vale la pena mentar los componentes de dicha «misión de reconocimiento y colonización». Con el capitán de fragata, el sabio naturalista, el piloto y el lobero, van ocho marineros y un niño grumete; y con el

Digitized by Google

teniente de artillería la guarnición militar que ha de cubrir, en su confín, la primera garita centinela de la República. ¡Se compone de un sargento segundo distinguido, un cabo y cinco soldados!

Como primer intento poblador, dos de los militares llevan consigo a sus respectivas esposas (la mujer da aquí una prueba más de su callado heroísmo); el estado de una de ellas revela que dará a luz en tierra ocupada.

Tampoco debemos dejar en el tintero las sabrosas minucias del abastecimiento; se llevan víveres para siete meses; algún material de construcción; un cañón de montaña, de bronce, y otros dos trincados en la cubierta de la goleta, con su correspondiente equipo y amunicionamiento; y además de las herramientas para la colonia cuéntanse dos cerdos muy gordos, tres perros sin raza y un gallinero lleno de aves.

La única esplendidez que se gasta en la expedición consiste en dos grandes banderas nacionales que se harán flamear bizarramente en el Estrecho, desafiando la borrasca austral. ¡Es un lujo, como que cuestan sesenta y nueve pesos fuertes!

Lo que inexplicablemente les negó el destino a los veintitrés navíos y tres mil españoles de la fastuosa escuadra de Su Majestad Católica lo concederá, con el correr del tiempo y con milagrosa largueza, a una flamante república. ¡Chile arraigará en el estrecho de Magallanes sólo con el envío de una desgarbada goleta de cuarenta toneladas, tripulada por veinticuatro personas, en una improvisada expedición que ha costado una insignificancia!

El 22 de Mayo de 1843 zarpa la goleta «Ancud» del puerto de su nombre. La época del año en que se aventura hacia el sur habla bien a las claras de la urgencia del caso y de la energía y valor con que se cumplen las órdenes del supremo gobierno.

El viaje será duradero y alternado con peripecias, de las cuales la más grave: una rotura del timón. Sólo el 12 de Septiembre penetra la «Ancud» por el canal Messier en el dédalo de los canales patagónicos, laberinto de la pródiga e inviolada naturaleza de una belleza sin par.

Cuando amanece el 18 de Septiembre—aniversario patrio—, la goleta armada en guerra navega dando bordadas en pleno Estrecho. En su cubierta están formados los tripulantes con la cabeza descubierta. ¡Mientras, la bandera nacional—por vez primera en aquellos parajes remotos—es izada con una salva de veintiún cañonazos!

Antes del mediodía del 21 de aquel mes, la goleta está a la cuadra de Puerto Hambre. ¡Han tardado cuatro meses en la travesía desde Ancud!

Digitized by Google

Sin perder de vista la maniobra, Williams y su estado mayor, desde temprano, tienen la mirada de reojo puesta en la baliza dejada por los ingleses. En cuanto arrían la cadena, ya la ballenera está a lo largo de la escala de cuerdas; en ella se embarcan apresuradamente el jefe, Philippi y el teniente González.

Ya en tierra se dirigen directamente al lugar de emplazamiento del asta, y a su pie cavan en la tierra: allí están, dentro de un botijo de barro, lacrado, el pliego manuscrito y las monedas extranjeras. Aquél, felizmente, nada dice que pueda afectar nuestra soberanía. En seguida se deja allí copia del mismo y se guarda el original, y por las dudas se truecan las monedas británicas por unos cobres chilenos.

Aligerados de esta preocupación que los ha dominado durante todo el viaje, regresan los expedicionarios a bordo. Volverán a desembarcar a las dos de la tarde.

DIOS SALVE LA PATRIA
VIVA CHILE

En Cumplimiento de las Ôrdenes del Gobierno Supremo, el día veinte uno del mes de Septiembre del año de mil ochocientos Cuarenta y Tres El Ciudadano, Capitán Graduado de Fragata de la marina Nasional Dn Juan Guillermos y ásistiendo Con el Teniente de Artillería Dn Manuel Gonsales Idalgo el Piloto 2.° de la Armada Nl. Dn Jorge Meban, el Naturalista Pruciano Voluntario Dn Bernardo Phillippi y el Sargento 2.° Distinguido de Artillería Dn Eusebio Pizarro que actua de Secretario, Con todas las formalidades de Costumbre Tomamos posecion de los Estrechos de Magallanes y su Territorio en nombre de la Republica de Chile á quien Pertenece Conforme esta declarado en el Artículo 1.° de su Constitución politica y en el acto se firmaron la Bandera Nasional de la República, Con Salva General de Veinte y un Tiros de Cañón

Y en nombre de la República de Chile protesto en el modo más Solemne Cuantas Veses haya lugar Contra Cualquier poder que hay o en adelante Trate de ocupar alguna parte de este Teritorio, Y se firmaron Con migo el presente acto el día beinte y un de Septiembre de mil Ochocientos Cuarenta y Tres años y el Terser año de la Presidencia del Esenlenticimo Señor General Dn Manuel Bulnes.

JUAN GUILLERMOS
Gefe

MANL. GONS. IDALGO

JORGE MABON

BERNARDO PHILIPPI
Naturalista en comisión del Govierno de Prucia y Voluntario en la Expedición A Magallanes.

EUSEBIO PIZARRO
Secretario

Digitized by Google

Así reza el texto original del acta de ocupación del Estrecho de Magallanes. Las faltas de ortografía que contiene este raro y precioso documento de nuestra historia nada significan frente a su trascendencia y oportunidad. Por otra parte, en aquella época, pocos escribían mejor.

El lenguaje, aunque tosco—lo que lo hace aún más conmovedor—, no deja lugar a dudas en cuanto a su significado. ¡En tal sentido, el documento, es bien claro!

El acta está suscrita por todos los expedicionarios, inclusas las mujeres; al pie distínguese un sello que lleva la siguiente inscripción:

REPUBLICA DE CHILE-MAGALLANES-FUERTE BULNES

He aquí mencionado por primera vez el nombre que con sobrada justicia se propone dar a la futura población.

Para solemnizar el hecho, se lo refrenda y saluda con una salva de veintiún cañonazos, los que son contestados desde a bordo de la «Ancud» y coreados por el eco que repercute en los ámbitos y se pierde en la lejanía.

Justo a los dos días de este nuevo régimen—es la una y cuarto de la tarde—, surge en la rada una fragata de vapor de la marina de guerra francesa. Es la «Phaéton», que viene en viaje hacia las islas del Pacífico.

Debe asombrar a los marinos extranjeros la presencia insólita de la minúscula goleta armada en guerra; más aun la bandera chilena, que se mantiene arbolada sobre el promontorio de Santa Ana. A pesar de ello, las naves cambian los saludos de práctica; y sus jefes, las visitas de cortesía.

Dos días más tarde—es domingo—la tripulación de la «Phaéton» desembarca, levanta en tierra una amplísima carpa y bajo su reparo ofíciase la santa misa.

Williams, entre tanto, permanece atento

Cuando al día siguiente, un grupo de marineros iza sobre la carpa el pabellón francés, el representante chileno redacta al punto una nota de protesta, que pone en manos del comandante extranjero. En ella establece su reclamo por un hecho que considera *atentorio a la integridad del territorio chileno*. La nota respuesta del capitán L. Maissin es cortés, pero reticente. Luego de algunas consideraciones acerca del reconocido abandono en que se encuentran esas regiones, que universalmente conceptúanse como res nullius, y acerca de la inveterada costumbre que impera en las marinas de izar su pabellón sobre las tiendas de campaña—en aquel sentido advierte que ha interpretado la circunstancia del pabellón chileno arbolado en una colina cercana—, termina expresando que no pretende en ninguna forma *atentar contra los derechos*

Digitized by Google

de la república de Chile, dado que ellos fuesen fundados, pues sólo tocaba a su gobierno decidir sobre ello.

Es bien difícil conjeturar acerca de las secretas intenciones que traían los franceses. Sin embargo, conocemos ahora un hecho evidente y bien significativo: la «Phaéton», luego de su corta recalada en Puerto Hambre, prosiguió viaje hacia las islas de la Sociedad, y en Tahití coadyuvó a asegurar el protectorado francés sobre los reinos de la despreocupada y obesa reina Pomaré. ¡Es aquí donde se echa de ver que la fragata de S. M. el rey Luis Felipe de Francia andaba en tren de conquista!

Despejado momentáneamente el peligro internacional, el capitán Williams realiza un reconocimiento de la costa del Estrecho hasta su embocadura oriental. Antes de partir, ha dejado clavada en tierra entre dos postes y en lugar visible, una ancha tabla horizontal que lleva la siguiente inscripción: REPÚBLICA DE CHILE; y en el reverso: VIVA CHILE.

Regresa el 11 de Octubre. Es entonces cuando se procede a construir las obras de fortificación que servirán además de morada para sus defensores. Se elige para ello *el punto central de la colina de Santa Ana, a fin de asegurar a la colonia de todo ataque de parte de los indios.* Con gruesas vigas de roble, toscamente labradas, se levanta una especie de «blockhaus» dentro del cual se almacenan los pertrechos y municiones. Tras un baluarte—cercano a *una nueva asta de bandera de 56 pies, de alerce*—se coloca la pieza de artillería de montaña.

Al término de estos someros trabajos, Williams dispone la celebración del bautismo oficial. Todos los expedicionarios y algunos curiosos extranjeros—está fondeado en la rada un bergantín norteamericano—se encaminan al lugar de emplazamiento de las obras, y allí, frente al exiguo piquete de artilleros que presenta armas, se enarbola el pabellón nacional, al cual y una vez al tope se lo saluda con una salva. En cuanto se apaga el estruendo de los disparos, Williams, en nombre de la República de Chile, bautiza la fortaleza con la denominación que está resuelta de antemano. Fuerte Bulnes... *en el acto rompí una botella de vino chileno sobre la muralla del Fuerte acompañado con los más entusiastas vítores de los presentes.*

A mediados de noviembre, la goleta «Ancud» está pronta para regresar al norte del país. Con las formalidades de estilo, el comandante Williams hace entrega del mando de la reducida fortaleza al teniente de artillería González Hidalgo. Cuando zarpa la goleta, deja atrás el primer núcleo chileno en el estrecho de Magallanes; son once habitantes: el teniente González, el piloto Mabón, el sargento, el cabo, los cin-

Digitized by Google

co soldados y las dos mujeres. Esto no puede llamarse aún población; trátase más bien de un puesto avanzado.

La verdadera población se edifica en 1844, un año más tarde, cuando llega su primer gobernador, don Pedro Silva, acompañado de los indispensables colaboradores: un intérprete, para hacerse respetar en varios idiomas; un médico y un capellán, para la solicitud material y espiritual de los habitantes (la jurisdicción del segundo es más amplia, pues está instruído para atraer hacia la fe a los salvajes que ambulan por los alrededores). La población acrécese también con los sesenta hombres de una compañía de artillería, y algunos «destinados», individuos que purgan aquí el delito de deserción.

Con los nuevos brazos se amplifica la primera obra de defensa, mediante la fábrica de una espaciosa empalizada, guarnecida por parapetos de tierra apisonada. Dentro de este recinto, se edifican tres grandes galpones de tablas, divididos en compartimentos destinados a usos variados: mansión del gobernador, departamento de oficiales, cuadra para la tropa, la capilla y el hospital.

En el bajo, a cierta distancia del fuerte y siguiendo la orilla del mar, se extiende el rosario de unas treinta casitas de madera techadas de paja, donde habitan los soldados y los destinados que traen consigo a su familia. Detrás de cada hogar, los colonos cierran huertecillos, crían aves de corral y algunos animales domésticos.

Fuerte Bulnes es, así, la primera población chilena en el Estrecho, la que, en el orden trazado para este trabajo, viene a constituir la tercera fundación magallánica.

Veamos ahora la cuarta.

En 1849 es gobernador del establecimiento de Magallanes el coronel don José de los Santos Mardones.

En Mardones se suman todas las virtudes del heroísmo y servidumbre militares, sin que le falte el ánimo para las obras pacíficas.

La primera mitad de su vida constituye una epopeya; la segunda es el marasmo en que vegeta un destino superior sometido a la rutinaria labor administrativa

En los campos de batalla de la independencia sudamericana, Mardones es el genuino representante de la intrepidez, espíritu aventurero y hombría chilenos. Soldado desde los quince años, tiene diez y siete cuando, incorporado al cuerpo de Cadetes Patricios, toma parte en la denodada defensa de Buenos Aires contra los invasores ingleses. Oficial a las órdenes de Belgrano en las campañas del Alto Perú, pelea

Digitized by Google

en Salta y Tucumán y se distingue en Vilcapugio. Tomado prisionero de los españoles en Ayohuma, en 1813, prueba entonces la sordidez de varias prisiones, empezando por las oscuras «Casas Matas» del Callao, luego las míseras cárceles de Valparaíso, y finalmente la lóbrega sentina de una fragata fondeada en este puerto. Y tiene a suerte librarse en tiempo de la última prisión para alcanzar a esgrimir su espada de valiente en Maipú.

Cuando la república se abrasa en apasionada guerra civil, a Mardones le toca, en Lircay, la parte de los perdedores. Esto es el fin de una carrera militar promisoria.

Más tarde, cuando sobreviene el remanso del olvido, se le alcanza con la gracia de subalternos cargos de la administración. Es Bulnes quien lo saca de la subdelegación de Chañarcillo, mísero villorrio norteño, para encargarle la gobernación de otra aldea, perdida ésta en el confín opuesto del país: Fuerte Bulnes.

En el pobre y lejano territorio magallánico Mardones desarrollará una labor ímproba, desproporcionada con el humilde escenario en que actúa: ¡por lo pronto, fundará una ciudad!

Desde 1847—año de su llegada a Fuerte Bulnes—el gobernador Mardones vive convencido de la inutilidad de conservar la población en este árido promontorio, abierto a todos los vientos. La preferencia—en un todo de orden militar—por este lugar prominente ha sido fatal para el progreso de la naciente colonia: aquí no hay tierra vegetal ni encuéntrase agua abundante; el suelo, una vez talado del monte que lo cubre, queda transformado en pantano intransitable; la humedad todo lo invade y carcome. Así los pobladores vegetan, padecen del mal de ausencia y gimen de *dolor en los huesos*.

Para mayor calamidad, las ratas hacen su agosto con el magro aprovisionamiento que envía periódicamente el Supremo Gobierno, con vivo dolor de sus necesitadas arcas.

A diferencia de sus predecesores, don Pedro Silva y don Justo de la Ribera, que no han viajado más allá que en torno del abrigado fogón del Fuerte, el coronel Mardones monta a caballo, recorre y explora palmo a palmo toda la extensa región comprendida entre la saliente de Santa Ana y el cabo Negro.

Es así como cae en la cuenta sobre la excelencia del paraje situado junto al mar, entre el río del Carbón y el de la Mano, dos cursos de agua clara y perenne. Como a dos cuadras de la orilla, luego de corto repecho, el llano es apto para ser rozado del enmarañado monte de roble y calafate. Mardones está seguro de que este espacio tiene *capacidad para una población de más de quinientas almas, con la proporción*

Digitized by Google

de extenderlo hacia el oeste. El tiempo dará razón de lo acertado del cálculo.

A las ventajas apuntadas, debe agregarse el abrigo que ofrece al paraje el bosque que lo circunda y el resguardo que le asegura, contra ciertos vientos, una cadena de cerros que se extiende a sus espaldas.

Este lugar, tan tímida como escuetamente descrito, se conoce geográficamente como Punta Arenas, desde que en 1764, durante un viaje de exploración científica, el comodoro John Byron lo bautizó de «Sandy Point» (punta arenosa) a causa de la saliente de esa calidad, que forma el río del Carbón en su desembocadura. El tiempo, o acaso un mal traductor, se ha encargado de trocar «arenosa» por «arenas», a secas.

A pesar de su proximidad, Fuerte Bulnes y Punta Arenas parecen pertenecer a dos distintas zonas; son dos regímenes climáticos totalmente diferentes a sólo diez y seis leguas de distancia. Mientras el primer villorrio se entumece en la atmósfera nebulosa y húmeda del Pacífico del Sur, el segundo se solaza bajo un cielo ventoso, seco y claro, atemperado por el Atlántico.

El gobernador Mardones, que no es afecto a improvisaciones, ha robado la suerte durante un año, instalándose con el destacamento junto a la playa. El personal se ha dedicado a la atención del ganado y al desmonte, corte y acopio de madera.

La bondad de la elección quedó comprobada por sus valiosos resultados: el ganado prosperó, el clima se mostró benigno y la tierra fértil.

Durante el año 1849, Mardones realiza este milagro: toma una meditada y probada decisión, la pone en conocimiento del supremo gobierno, obtiene una respuesta favorable—con rapidez inusitada dada la pachorra administrativa—, opera el traslado de la colonia, edifica las nuevas casas e instala a toda su gente en Punta Arenas.

El traslado del establecimiento desde Puerto Hambre a Punta Arenas se efectúa gratuitamente: los bultos que no pueden llevarse por tierra, se remiten por la vía marítima, acondicionados en el bergantín nacional «Cóndor», que se halla de estación en el Estrecho a las órdenes de don Patricio Lynch. También colabora generosamente en el transporte el capitán Wood, del buque norteamericano «Istmus». Y en Punta Arenas, todos los soldados y confinados ponen el hombro, de balde, a la edificación tomando la madera necesaria del bosque inmediato.

¡La instalación de la colonia sólo le costará al Estado el valor de ocho quintales y medio de clavos!

En Fuerte Bulnes se deja un pequeño destacamento, comisionado

Digitized by Google

para que conserve los cañones que quedan en batería en el bastión y cuide las cruces de palo del rústico cementerio ubicado en una ladera agreste de Santa Ana.

¡La primera población puntarenense de 1849!; ¡es como si la viera!

El llano que ha hecho desmontar el fundador para edificarla es un pañuelo de *doscientas veinticinco varas de largo, de este a oeste, por ciento treinta y cinco varas de ancho, de norte a sur;* en él cabe de sobra Punta Arenas. ¡Como que sólo cuenta con treinta y una casas de madera, donde moran sus únicos ciento treinta y nueve habitantes!

Tal un pueblo medieval, Punta Arenas está cercado de murallas, y éntrase en él por una puerta; ¡sólo que la muralla es una empalizada de gruesos troncos de roble y la puerta una tranquera!

En su fracción frente al mar, la estacada está construída en el borde mismo de la barranca que baja hacia la playa. Se ha abierto en el centro un corto trecho, en forma de explanada, la que se entabla para permitir *el fácil juego de la artillería.* Hay una vega de por medio—entre la barranca y la orilla del mar—que hace las veces de foso natural para esta fortaleza de juguete. Otra batería defiende el flanco izquierdo del poblado; también tiene aquí una protección natural en el río del Carbón, que corre en un cauce profundo y cuyas laderas se han desmontado *para dar al destacamento y sus baterías la vista libre hacia la pampa que tiene al frente, en la parte del norte, y para que los buques que vienen en esa dirección vean la población desde largas distancias.*

Al resguardo de la estacada álzase el villorrio, que se ha cobijado ahí como en un nido.

Ante todas cosas, veamos el cuartel: éste es un galpón construído de tablones y techado de tejuelas de madera; ocupa el sitio en que se levanta actualmente la iglesia de María Auxiliadora. Ahí habita la «fija de Magallanes», compañía de artillería de unas cincuenta plazas. El piso del galpón es de tierra; a poca altura y a todo lo largo de la pared, hay empotrado un tabladillo: ¡es la cama de los soldados!

A un paso de este singular cuartel está enclavado un mástil; y muy cerca se ven, soberbiamente erguidos—su esplendor les ha valido la existencia—, un grupo de altos y frondosos robles, que tendrán, dos años más tarde, un uso ignominioso: algunas de sus sólidas ramas servirán de horca para las víctimas del despiadado Cambiaso.

La hermosa casa del mandatario—así llama Mardones con ingenuo optimismo a la gobernación—álzase frente al cuartel; es un edificio de tres cuerpos. De los demás, ni hablemos; un galpón almacén, la casa del capellán—*con la mayor parte de la madera y clavazón costeadas de su peculio*—algunas casas de dos piezas y *veintitrés ranchos de paja.*

Digitized by Google

¡El conjunto semeja un fundo pobre de hoy día!

Así como la tercera fundación magallánica no fué en realidad más que un puesto avanzado, la cuarta, y durante bastante tiempo, no será más que un presidio militar.

La existencia en el poblado está regulada a toques de corneta. El primero es la diana alegre que despierta a la gente. Soldados y «destinados» tienen una hora para desperezar los miembros magullados por el tabladillo inclemente, para ingerir el mal café y tomarse la copa de aguardiente que les abrasa las entrañas y momentáneamente les hace las veces de calefacción central. Luego: ¡afuera! ¡a empuñar la picota, el chuzo, el arado y la sierra! Hay que estacar, construir, nivelar calles, abrir picadas, talar el monte. Para todas estas faenas colonizadoras, el fisco hace uso y abuso de la guarnición y de los penados.

Otro toque de corneta y regresan entonces los hombres en cansadas filas hacia los galpones, donde los esperan los porotos de marras de un rancho unifome. Entonados por otro trago de aguardiente, ya están de nuevo en el trabajo; esta vez, si es verano, hasta una hora antes de la puesta del sol, y en el invierno, hasta la caída de la tarde.

Cuando se han consumido la frugal comida *tienen de holganza hasta la retreta*, que advierte un nuevo, largo y agudo clarinazo. Mientras los soldados retíranse a cuartel, un capataz autoritario pasa lista a los «destinados» solteros y luego los encierra como ganado en un desabrigado galpón, bajo llave, la que entrega al cuartelero.

Ya es de noche cuando el jefe de los relegados se encamina hacia la casa del gobernador, a fin de rendirle cuenta de las novedades. Estas no son muchas, por el momento.

El representante de la indiscutida autoridad invita al mayordomo, con amistosa condescendencia, a la tertulia que ha de ocupar la velada hasta ahora prudentísma, pues débese madrugar. Están también ahí, con el gobernador, el capellán, el capitán de los artilleros, el médico y el intérprete.

De tanto verse, la compañía ha agotado el tema; sólo cuando afluye algún recuerdo amable de los lejanos y fértiles valles norteños o de alguna playa dorada de sol, la conversación se reanima y los ojos brillan.

De pronto, ulula afuera el viento con estrépito sordo, la techumbre gime, la arena, como granizo, golpea sobre los vidrios. Los hombros de los contertulios se encorvan abatidos por la realidad.

A lo lejos, y por trozos que trae el viento, se escucha el prolongado y desgarrador lamento del toque de silencio.

Digitized by Google

Los ciento treinta y nueve puntarenenses de 1849 se han convertido ahora en treinta mil; y la docena de lanares que sobrevivieron en el territorio a la terrible mortandad causada por el cruel invierno de 1847 se han multiplicado en la astronómica suma de dos millones y medio de cabezas.

¡Lo que va de ayer a hoy!

Además de las cuatro esbozadas, existe otra fundación magallánica. Para lograr esta quinta creación, no fué menester correr riesgos expedicionarios ni efectuar gastos: como que es simplemente de trámite administrativo. Tuvo su origen en la ocurrencia personal de un funcionario, refrendada indulgentmente por un acto gubernativo. Trátase del cambio de nombre de la ciudad de Punta Arenas por el de Magallanes.

Según parece, para resolver este ocioso trueque se tuvo en vista, especialmente, la necesidad de honrar al egregio descubridor.

Si es así, ello constituye un inmerecido agravio hacia la fidelidad puntarenense para con la memoria preclara del ilustre navegante. Véase cómo esta fidelidad se ha cultivado: existen allí el estrecho de Magallanes, la provincia de Magallanes, la calle de Magallanes, el monumento a Magallanes, el destacamento Magallanes, el club Magallanes y otros muchos. Bautizar también a la ciudad de Magallanes, era inmotivada redundancia. La generalización del apellido de don Hernando para todos los accidentes geográficos y fenómenos urbanos tiene que prestarse a verdadera confusión.

Pero hay más.

El ansia bautizante ha echado al canasto, despreocupadamente, una denominación tradicional muy grata a los corazones regionales: ¡Punta Arenas!

Este nombre, al fin y al cabo, era respetable. Alrededor de él, la historia ha escrito páginas soberbias y emotivas: Punta Arenas refleja los afanes gubernativos de sus primeros y difíciles pasos; implica la honrosa tradición de sus fundadores; evoca la valiente y fecunda acción de los colonos. Punta Arenas ha recibido su bautismo de sangre en dos crueles motines cuarteleros; de fuego, en terroríficos incendios: de frío, en gélidos y tempestuosos inviernos. Punta Arenas, por último, se ha redimido de sus males mediante medio siglo de civilización ejemplar y sorprendente progreso.

Todo empeño será inútil: ¡Su nombre no podrá ser olvidado! ¡Punta Arenas!

Digitized by Google

BIBLIOGRAFIA

En la redacción del presente estudio histórico, he evitado en lo posible recurrir a noticias de segunda mano.

Para la narración de los orígenes de las dos primeras fundaciones magallánicas o sea las de don Pedro Sarmiento de Gamboa, he tenido especialmente a la vista:

I.—Los documentos que reproduce el notable volumen *Viaje al Estrecho de Magallanes por el capitán Pedro Sarmiento de Gamboa en los años 1579 y 1580 y noticia de la expedición que después hizo para poblarle*, publicado por don Bernardo de Iriarte en 1768. En dicha obra he encontrado, como dignos de interés, los siguientes elementos:

—*Relación y derrotero del viaje y descubrimiento del Estrecho de la Madre de Dios, antes llamado de Magallanes*, de la pluma de Sarmiento de Gamboa. En esta circunstanciada relación el autor reproduce in extenso la *Instrucción del Virrey*, a la que debió ceñirse durante su expedición.

—*Declaración* que de orden del Virrey del Perú don Francisco de Borja, Príncipe de Esquilache, hizo ante escribano Tomé Hernández, de lo sucedido en las dos poblaciones fundadas en el Estrecho de Magallanes por Pedro Sarmiento.

—*Relato* de Oliverio de Noort, sobre lo acaecido y visto por él en San Felipe (Ciudad de la Hambre).

II.—Las copias auténticas de los documentos del Archivo de Indias que ha recopilado el Rvdo. P. Pablo Pastels en el apéndice de su libro *El descubrimiento del Estrecho de Magallanes*. Entre estos documentos, han sido de gran utilidad para mis propósitos los siguientes:

—*Instrucción* del ingeniero Tiburcio Spanoqui para la construcción de dos castillos en la embocadura del Estrecho de Magallanes.

—*Apuntes*, etc... acerca de los dos fuertes y demás torres que se habían de construir allí, formando además una cadena de madera que atravesase el Estrecho, según apuntó el ingeniero Juan Bautista Antonelli.

—*Relación de lo sucedido a la Armada Real de su Magt en este viaje del Estrecho de Magallanes*, escrita por Pedro Sarmiento desde Río de Janeiro, con fecha 1.° de junio de 1583.

—Rom del agente de guerra y mar, pobladores, niños, mugeres, frayles y offies q̄ quedaron en Magallanes por hebro desde año de 1584 y de los bastimentos, ropa, artillería y petrachos q̄ pa ellos se dexaron.

—*Relación hecha por Sarmiento, a su Magt sobre lo sucedido en el Estrecho cuando allí se quedó y fundó dos ciudades*, escrita desde Pernambuco con fecha 18 de Septiembre de 1584.

—*Relación hecha a su Magt*, por Pedro Sarmiento, firmada en el Escorial el día 15 de Septiembre de 1590.

A fin de ilustrarme sobre los acontecimientos de la época en su conjunto, no he desdeñado a Barros Arana (*Historia General de Chile*) ni a Ernesto Morales (*Sarmiento de Gamboa, un navegante español del siglo XVI*); y acerca de los derroteros y la geografía local he compulsado la *Relación del último viaje al Estrecho de Magallanes de la fragata de S. M. Santa María de la Cabeza*, etc., y el *Derrotero del Estrecho de Magallanes*, de don Ricardo Serrano M.

En lo que se refiere a la historia de las dos fundaciones chilenas he tenido especialmente a la vista los siguientes elementos:

—*Noventa años en Chile.—El relato del establecimiento de la navegación por vapor en el Pacífico*, publicado en 1930 por la Pacific Steam Navigation Co. en Valparaíso.

—*Los primeros años de la colonización del Estrecho de Magallanes, sus lecciones para el futuro*, de la pluma de don Ernesto Greve, publicado en 1934 en el número 82 de la *Revista Chilena de Historia y Geografía*.

—*Diario de la goleta «Ancud» al mando del capitán de fragata don Juan Guillermos (1843) para tomar posesión del Estrecho de Magallanes*, publicado por primera vez, con notas y documentos, por Nicolás Anrique.

—Informe al Ministerio de Estado en el Departamento del Interior y de Relaciones Exteriores, por el piloto segundo don Jorge Mabón, que reproduce don Alberto Fagalde en su obra *Magallanes, el país del porvenir*.

Digitized by Google

—Informes elevados al Supremo Gobierno por el gobernador de Magallanes don José de los Santos Mardones, de fecha 21 de Marzo y 16 de Diciembre de 1849, 19 de Febrero de 1850 y 1.° de Marzo de 1851, cuyas copias fueron tomadas en el Archivo Nacional.

Con el fin de ilustrarme, en general, sobre los acontecimientos de la época, he recurrido a menudo a las siguientes obras: la de Fagalde, antes citada; la de don Robustiano Vera (*La Colonia de Magallanes, Tierra del Fuego*); de don Benjamín Vicuña Mackenna (*Cambiaso y Vida del capitán general de Chile don Bernardo O'Higgins*); de don Lautaro Navarro Avaria (*Censo general del territorio de Magallanes*) y otras.

ARMANDO BRAUN MENÉNDEZ.

Digitized by Google